

El anticomunismo y sus fantasmas

La historia del anticomunismo en nuestro país y la comprensión de las lógicas que lo han precedido a lo largo de un siglo constituyen el objeto de un libro de síntesis que acerca también a la reflexión acerca de la realidad actual.

Ernesto Bohoslavsky; Marina Franco.

Fantasmas rojos. El anticomunismo en la Argentina del siglo XX.

1ª edición-San Martín, UNSAM EDITA, 2024.

166 páginas.

El anticomunismo es una presencia persistente en nuestro país. Ha constituido un instrumento de las clases dominantes y el aparato del Estado para la legitimación del disciplinamiento y la represión. Dirigidos de preferencia contra las expresiones más cuestionadoras provenientes de las clases subalternas.

En este libro se proyecta una síntesis de la evolución histórica del anticomunismo en estas tierras a lo largo de más de un siglo. El que se desarrolló con el impulso estatal y respaldos fuertes en la sociedad civil.

Siempre en estrecha vinculación con los intereses y la acción de los capitalistas locales y con el impulso externo de poderes de escala mundial. Quienes inauguraron el “miedo al comunismo” (antes al anarquismo) como un modo de librarse de las organizaciones obreras autónomas y de la conflictividad resultante.

Como escriben los autores en el capítulo de cierre de la obra: “... el anticomunismo emergió como respuesta a los cambiantes niveles de conflictividad social y política nacional y en relación con los impactos de la política mundial y algunas usinas internacionales antimarxistas.”

Llega hasta nuestros días, aún en el nuevo siglo. Hoy Argentina tiene un gobierno que invoca al “mundo libre” como parámetro económico, político y cultural. Y lanza denuestos por “socialista” o “comunista” frente a cualquier visión crítica. Esa escalada renovada, en correspondencia con un proceso de alcance mundial, es recogida por los investigadores ya al introducir el tema.

A lo largo del tiempo el pensamiento, la propaganda y las acciones anticomunistas asumieron diversas formas y delimitaron de formas diferenciadas a sus enemigos. Desde el anarquismo de principios del siglo XX hasta la “subversión apátrida” de la última dictadura y el período inmediato anterior.

Las posiciones anticomunistas tuvieron perfiles cambiantes y fueron objeto de utilidades diversas. Censurar, silenciar, castigar fueron los verbos siempre presentes

para expandir el miedo de arriba hacia abajo y la construcción de enemigos que se presentaban como amenazantes el imperio de la ley y el orden trazados al gusto de las clases dominantes.

Los tiempos iniciales.

Como bien se sostiene en este trabajo, hubo anticomunismo antes del comunismo. El poder económico, político, cultural y eclesiástico se revolvió contra la clase obrera en crecimiento, que oponía sus reclamos a la república oligárquica de fines del siglo XIX y comienzos del siguiente.

El movimiento obrero era visualizado como amenaza. Y descalificado como extranjero y ajeno a los valores nacionales. La llamada "ley de residencia" de 1902 constituyó el instrumento legal que reforzaba los efectos de las acciones represivas. En las que participaban tanto las fuerzas policiales como "voluntarios" dispuestos a poner en caja a quienes se rebelaban.

Producida la revolución rusa, el "miedo al comunismo" tomó carnadura en clave "antibolchevique". 1919 fue un año clave. El Partido Comunista recién estaba en trance fundacional. Lo que no obstaba para que el temor de los poderosos descubriera soviets en barrios de Buenos Aires y después en la Patagonia.

Como es sabido los muertos se contaron por miles y quedó de manifiesto que la reciente democracia no tenía vigencia para trabajadores huelguistas.

Fueron los años de la Liga Patriótica Argentina y luego del crecimiento de las simpatías locales con los fascismos.

El partido comunista fue la misma encarnación del "mal", sobre todo a partir de que esa fuerza alcanzó creciente influencia entre obreros e intelectuales, a partir de la década de 1930. Claro que el blanco se amplió y se diversificó luego, sobre todo a partir de la década de 1960.

Entonces la "nueva izquierda" y la contracultura ocuparon un lugar central, sin que por eso amainara el hostigamiento hacia el PC, que pasó ese lapso proscripto y hasta con una ley específica orientada a su represión.

En este trabajo se exponen en diversas secciones los perfiles cambiantes y las utilidades diversas de las posiciones anticomunistas. Por ejemplo puede apreciarse como el peronismo en el gobierno se vuelve sujeto activo de su propia versión de las persecuciones.

La versión peronista del anticomunismo.

El peronismo tuvo su propia modalidad de anticomunismo. Hasta con una división de "informaciones políticas" instalada en Casa Rosada en dependencia directa de la

presidencia de la Nación. Y con legislación que dio intervención en vigilancia interna a las fuerzas armadas y sometió a los civiles a tribunales castrenses.

También se creó el "estado de guerra interno" figura inédita que amplió las posibilidades de persecución policial. La "acción dissociadora" del partido comunista era objeto de denuncia permanente.

Una preocupación de todo el período fue la acción sindical de la izquierda. El ataque contra quienes protestaban era permanente. Se los acusaba de perturbar el orden y del desacato a las conducciones sindicales. Se los solía presentar como indignos de formar parte de la comunidad nacional y de la "Nueva Argentina" de Perón.

El comunismo no fue ilegalizado pero sí sostenido como enemigo, con mayor o menor nivel de prioridad según el estado de la coyuntura. De todas maneras quedaban integrados en un enfrentamiento con el conjunto de la oposición, con la particularidad de que planteaban la disputa en la base obrera del peronismo.

El movimiento peronista tuvo la particularidad de que entró en relación con el anticomunismo desde roles opuestos. Luego de derrocado, se utiliza el espantajo también contra los peronistas, ahora en la resistencia.

Aquellos años sesenta.

El delineamiento cambiante del anticomunismo tuvo siempre fuentes internacionales, las que trazaron los rasgos de un enemigo a escala mundial. Claro que esto tuvo su expresión más potente en el período álgido de la "guerra fría". Los centros de poder mundiales elaboraron la teoría de la "guerra revolucionaria", un compendio de la contrainsurgencia desplegada en todos los planos.

Llegaría a nuestro país temprano y se la complementaría con la "doctrina de seguridad nacional". El "enemigo subversivo" debía ser combatido en todos los planos como parte de una batalla mundial en defensa de la "cultura occidental y cristiana".

En la década de 1960 la persecución tuvo un nuevo asiento, que se agregó al tradicional empeño antiobrero y antiintelectual. Las expresiones de inconformismo cultural y los nuevos hábitos que rompían con convenciones de larga data, fueron colocados en el índice.

El pelo largo de los varones, la minifalda de las mujeres, el uso de drogas, la música de rock que se apartaba de los carriles más comerciales. Todo pasó a ser considerado como una suerte de "guerra" informal contra los valores de la familia y de la sociedad "occidental" en general.

Con el golpe del 28 de junio de 1966 la entrante dictadura erigió al empeño anticomunista en una definición central de todas sus políticas. Al año siguiente el decreto-ley 17.401 se convirtió en eje legislativo anticomunista. Se había proyectado una legislación así ya en la década de 1930.

Se concretó en 1967 bajo el signo de las "fronteras ideológicas" y de las acciones "preventivas" contra proyecciones revolucionarias. Se sintetiza en el texto: "El gobierno reforzó prohibiciones, censuras y la persecución de todo lo denominado 'comunista'; creó áreas específicas para juzgar delitos subversivos y colocó la seguridad interna y las tareas policiales bajo control de las Fuerzas Armadas."

Se buscaba de diversas maneras generar consenso. Hacer del "peligro comunista" o "subversivo" una creencia de masas. Que legitimara incluso las peores medidas punitivas, al margen de toda legalidad y en violación a los derechos más elementales.

Se suponía que la nación se hallaba en peligro frente a un "enemigo interno" que era doblemente amenazante porque actuaba de modo subrepticio, mezclado con la población "normal".

La dictadura de la "revolución argentina" recibió la respuesta en las calles de los distintos "azos" que la llevaron al abandono de sus propósitos refundacionales. La "víbora de la subversión" había picado a los abanderados del anticomunismo. Y daría lugar a propósitos de venganza definitiva.

El giro genocida.

El último capítulo del libro toma el período 1973-1983 bajo el rótulo común de "un anticomunismo de aniquilación", de modo que asocia el impulso exterminista de la AAA con la asunción de las prácticas genocidas como una política integral a partir de marzo de 1976.

El lapso 1973-1976 encontró al peronismo en el gobierno como polo de acción anticomunista de particular virulencia. El que muy rápido combinó instrumentos de apariencia legal con la acción clandestina de la violencia paramilitar y parapolicial.

Claro que el "enemigo" estaba dentro del movimiento y parte sustancial de los asesinados pertenecían a las corrientes más a la izquierda del peronismo. La conversión de todo el territorio nacional en campo de injerencia "antisubversiva" de las fuerzas armadas marcó el arranque de las modalidades que el "Proceso de Reorganización Nacional" desarrolló en la mayor escala.

A partir de 1976 en el combate ideológico y cultural impulsado por la dictadura se acudió a la combinación de la férrea censura hacia toda disidencia activa o potencial con una propaganda obsesiva que acudió a todos los medios disponibles, desde la publicidad televisiva al cine de ficción con claro mensaje "antisubversivo".

Una característica de esa etapa fue la búsqueda de incidencia sobre la vida cotidiana, los entornos familiares, el incremento de la vigilancia de los padres sobre sus hijos. También la acción en los ámbitos educativos y culturales, percibidos como blancos potenciales del accionar subversivo que había que prevenir a toda costa.

El régimen halló cobertura en la "campana antiargentina", invocada de modo constante para oponerla a los reclamos internos y sobre todo externos en materia de derechos humanos.

El intento de tapar la existencia de los centros clandestinos de detención y del secuestro y desaparición de personas como método aplicado en gran escala exigió la construcción de un "enemigo subversivo" que le daba sentido a la "guerra" en defensa de la nación.

Cabe reproducir una caracterización general por parte de los autores: "...el anticomunismo se erigió contra las ideologías de izquierda en general, pero más ampliamente fue una manera de designar el peligro que representaban los proyectos políticos alternativos, las imposiciones sociales y laborales al orden autoritario, y también los cambios de la vida social, cultural y religiosa. En definitiva, con el tiempo, el comunismo fue el nombre político de un enemigo cada vez más difuso y generalizado, que representaba todos los desafíos al orden."

En consonancia con ello, en los momentos en que los proyectos políticos revolucionarios alcanzaron mayor densidad y presencia y diversificaron y ampliaron su impugnación del orden establecido se desató un tipo de anticomunismo con propósito de exterminio masivo.

El ascenso del movimiento obrero, las acciones insurreccionales, la presencia de las organizaciones armadas, fueron la voz de orden para que las fuerzas civiles, militares, empresariales, eclesiásticas al servicio de la reacción, dieran lugar a los propósitos aniquiladores.

El "orden" se sintió desafiado como nunca antes y se lanzó con todo su poderío a la erradicación definitiva de la "subversión" en consonancia con una reconfiguración socioeconómica que procuraba quitar base de sustentación estructural a los propósitos cuestionadores.

La prédica anticomunista de la derecha en el gobierno.

Hoy el anticomunismo rampante ha recuperado vigencia en nuestro país luego de hallarse aletargado, pero no extinto. En condiciones diferentes a las de épocas dictatoriales o de estado de excepción, el actual gobierno esgrime acusaciones en las

que se llega a acusar a opositores de defender "intereses soviéticos", tal como si la U.R.S.S existiese aún.

"Populismo", "socialismo" y "comunismo" aparecen como términos intercambiables. Susceptibles además de asociación con el estigma de "terrorismo", en consonancia con el alineamiento pleno con EE.UU y los "enemigos" definidos desde allí.

No se trata sólo del presente. La reivindicación reiterada de la "guerra antsubversiva" es tributaria de una concepción de la defensa de "la libertad y la propiedad" que hace contacto con los preceptos anticomunistas de épocas pretéritas.

El conjunto hace sentido articulado con concepciones reaccionarias que se plantean una defensa del "orden tradicional". La que procura la abrogación de avances en materia de derechos y prácticas sociales, algunas recientes y otras que llevan décadas de conquistadas.

Bohoslavsky y Franco terminan el volumen con la constatación de ese nuevo fenómeno que va de la mano de la ideología de ultraderecha: "En ella se condensa el carácter más fantasmagórico de la ideología anticomunista, que hoy cree ver el mal en las evidencias sobre el cambio climático, el lenguaje inclusivo o la enseñanza de la educación sexual en las escuelas. En el discurso de estos sectores todo se presenta como el anhelo por volver a un orden idílico perdido, aquel de la república oligárquica de fines del siglo XIX, cuando no había democracia de masas ni un Estado mínimamente preocupado por la cuestión social."

Correspondería añadir que el principal enemigo para ese anticomunismo redivivo es, como para sus antecesores, la organización y lucha de las clases explotadas. Si bien ponen esfuerzos contra lo que llaman cultura *woke*, avanzan con fuerza en la restricción o prohibición del derecho de huelga y en la criminalización de las movilizaciones callejeras.

Quieren trabajadores sometidos, sindicatos débiles o inexistentes, organizaciones sociales desmanteladas. Y el espacio público vaciado de las movilizaciones callejeras que tanto caracterizan a la sociedad argentina. Como antes, como siempre, queda planteada la batalla contra el anticomunismo para quienes aspiran a un orden social igualitario y justo regido por una democracia sustantiva.